

Poemas ingenuos

EL ZAPATERO DE LA CENICIENTA

Si bajo tu aspecto de oveja inocente
no te adivinaron, Cenicienta mía,
la estrella que un día te cayó en la frente
desde tus dos ojos te denunciaría...

Esos ojos tuyos de brillo angustiado,
borrachos de ensueño, locos de pasión,
son como dos chispas que se te han saltado
de la brasa roja de tu corazón...

¿Te acuerdas... te acuerdas de cuando en tu casa
cocinar te hacían? ¡Reina del fogón!
Desde entonces tienes corazón de brasa,
cabellera de humo y ojos de carbón.

¿No oyes de las violas el arrullo blando?...
Es el baile regio... Tu Príncipe amigo,
aunque se fastidia, te sigue esperando;
pero es sólo en gracia de que estás conmigo...

Yo te retuviese; mas tu Hada madrina
quiere que esta noche vayas a bailar:
te viste con blanca seda de la China
y ciñe a tu frente rama de azahar.

¿Cómo vas al baile con traje de bodas?
Cenicienta mía: ¿Te piensas casar?...
(Todas mis fugaces ilusiones, todas,
sienten que la tierra las arroja al mar...)

Pues ya que no puedo besarte en la frente,
zapatero tuyo, me arrodillaré,
para, así, tomarte resignadamente
con un solo beso medida del pie...

¿Sabes por qué intento, como fin de cuento,
zapatero tuyo ser en mi canción?
Porque al elevarte con el pensamiento,
siento tu pie encima de mi corazón!

EL LOBO ENAMORADO

Ten piedad de tu lobo, Caperucita Roja!
Tánto corrí en la tierra, tánto nadé en el mar,
que he perdido los dientes y mi garra está floja:
¡me faltan fuerzas para llegarte a devorar!

Pienso, ¡ay! que ya muy tarde te encontré en mi camino:
si fuera en otros tiempos, ¡qué suntuoso festín
diérame en el encanto de tu cuerpo divino,
con sabor a canela, con olor a jazmín!...

Cuéntale a la Abuelita todo el mal que me han hecho:
pídele que me tome bajo su protección;
y que sólo me deje reposar en su lecho
para en él apretarte contra mi corazón...

Caperucita Roja: yo sé que tú eres buena;
tú eres buena conmigo como nadie lo fué...
¿La herida de mi flanco no te da acaso pena?
¿Por qué no arrancas, dime, la espina de mi pie?

Estoy enamorado de ti, Caperucita...
¿Enamorado un lobo? Sí: un lobo. ¿Y por qué no?
Tu espejo te habrá dicho cómo eres de bonita;
que cómo eres de buena ya te lo he dicho yo.

Si yo fuese Poeta—tal me siento a tu lado!—
escribiría un cuento de profunda intención,
para narrar mis cuitas de lobo enamorado
que se arroja a tus plantas aullando una canción...

Se acabó, pues, tu cuento, Caperucita Roja!...
Este lobo es un lobo que llega a tu país
en són de paz, y trémulo a tus plantas se arroja...
Este es el lobo hermano de Francisco de Asís.

Caperucita Roja, ten piedad de tu lobo!
Cúbreme de caricias y acógeme en tu hogar:
ya ves que no te mato, ni siquiera te robo;
¡pero bien que quisiera llegarte a devorar!

EL MADRIGAL DE BARBA-AZUL

Sube a mi torre, mi buena hermana...
(No olvides sólo que es de cristal;
y se podría por lo liviana
romper, si dices un paso mal...)

Sube a mi torre. Desde su altura,
te será fácil el mirar si
vienen dos ojos por la llanura...
aunque sospecho que están ya aquí.

Vivo esperando yo unos dos ojos
que abran las puertas de esta prisión,
donde me tienen que hallar de hinojos
en una inútil imploración.

La boca seca de tánto beso,
la lira ronca de tánto són,
se me figura que vivo preso;
pero, ay! no dentro de un corazón...

Volcando el cofre de mis placeres,
de mis ensueños rasgando el tul,
veo el desfile de ocho mujeres,
como en la historia de Barba-Azul.

Ocho mujeres han sido mías;
pero yo de ellas lo he sido más.
(Pagué tan caro mis alegrías
que ya no quiero ver hacia atrás...)

Gasté la vida, mi hermana buena,
con ellas tánto, que tú quizás